

venturado, comunicad al hombre el más generoso de vuestros instintos; enseñadle á amar á la patria, á su madre, porque es infeliz; hacedle sentir cuán vil es y cuán culpable el que abandona á los suyos en la desgracia; cread una nueva, una grande escuela política: que no combata más que con un adversario, con el egoísmo; que no escuche más que un oráculo, el corazón.

FIN DE LA MUJER DEL PORVENIR.

---

---

## LA MUJER DE SU CASA.

---

### ADVERTENCIA.

---

LA MUJER DEL PORVENIR se ha escrito de prisa, se ha impreso inmediatamente después que se escribió, y se resiente de ambas cosas, según hemos podido notar leyéndola ahora, es decir, á los trece años de su publicación; nos parece que es, á lo que podía ser, lo que un boceto á un cuadro.

Como la fuerza nos va faltando; como un asunto después que se trata, bien ó mal, pierde gran parte de su atractivo; como las cabezas cansadas, semejantes á los estómagos inapetentes, necesitan suplir en parte el apetito con el gusto, y no le hay (al menos para nosotros) en relle-

nar, añadir, retocar, y en fin, concluir una obra, la nuestra se quedará con los vacíos que tenía, menos algunos que procuraremos llenar en el presente escrito, en que además indicamos ciertos puntos, respecto á los cuales hemos modificado nuestra opinión. La sinceridad con que escribimos siempre no nos permite sostener afirmaciones cuando hemos concebido dudas. Que otros se envanezcan con el título de infalibles; nosotros nos contentamos con el de honrados y sinceros.

---

## CAPÍTULO PRIMERO.

### IMPORTANCIA DE FORMARSE IDEA EXACTA DE LA PERFECCIÓN.

Parece que no hay daño mayor para la sociedad que el intencionadamente hecho por sus individuos malévolos, que, á sabiendas y deliberadamente, satisfacen la pasión y buscan el provecho ó el gusto propio, á costa del perjuicio y del dolor ajenos. Pero observando bien, llegamos á convencernos de que los grandes males son aquellos que se hacen ignorando que lo son, que se consuman con tranquilidad de conciencia y que, en vez de vituperio, reciben aplauso de la opinión pública. Por cualquiera página que abramos el libro de la Historia, vemos que los pueblos sufren principalmente, no por los ataques de los malhechores, que las leyes condenan y la opinión anatematiza, sino por aque-

llos impunes ó aplaudidos que destrozan el cuerpo social con tranquilidad de conciencia y beneplácito de la comunidad. Así, por ejemplo, no es lo más grave que en ciertas épocas falte seguridad para las vidas y haciendas, sino que los bandidos se llamen y sean tenidos por caballeros; que se torturen y destrocen los miembros del acusado, sino que el tormento, sancionado por la justicia, parezca indispensable para realizarla; que se quemé á los hombres vivos porque no piensan en todo como sus verdugos, sino que el *oficio* de éstos se llame *santo*; que sus manos, manchadas de sangre inocente, se besen con respeto, y que las sentencias absurdas, inicuas y crueles que salen de sus bocas impías, sean consideradas como oráculo de la divinidad. Y si de los pasados tiempos venimos á los presentes, no es lo más dañoso (con serlo mucho) que haya *nihilistas* incrédulos y piadosos, los unos que pretendan aniquilar toda autoridad, los otros que se aniquilen ellos mismos ante la autoridad; los unos que vean la perfección en la fiera, los otros en el cadáver; los unos que conmuevan el aire con las explosiones de la dinamita, los otros que le envenenen con emanaciones mefíticas; esto, con ser

muy malo, no es lo peor; lo más grave, lo terrible, es que haya miles y millones de personas que crean que por estos medios se puede hacer la felicidad de la tierra, ó ganar el cielo, y que llamen perfección á la mutilación.

Nos parece que no se puede estudiar bien el presente y el pasado, sin adquirir el convencimiento de que los grandes males de los pueblos vienen, menos de las injusticias que persiguen, que de las que toleran, y sobre todo de las que ignoran.

Para que esta proposición no parezca demasiado absoluta, hay que considerar dos cosas:

1.<sup>a</sup> Que la verdad moral no surge repentinamente, como una luz que hace desaparecer las tinieblas, sino que se va infiltrando por el cuerpo social á través de numerosos obstáculos; en la lentitud con que marcha no se puede fijar en qué día ni en qué año fué contemplada y reconocida, y por esta incertidumbre de la intensidad y momento de su acción, es fácil incurrir en el error de no considerarla como causa de todos sus efectos.

2.<sup>a</sup> Que en el tiempo (más ó menos, siempre mucho) que la *idea* tarda en hacerse *opinión* y *ley*, por impaciencia simpática, ó por hostilidad

rencorosa, es fácil pedirle lo que todavía no puede dar, ó acusarla de los males que *demuestra* como si los *creara*. Hay personas envueltas en densa obscuridad que no les permite ver el cuadro de los dolores humanos, y cuando las tinieblas desaparecen y ya no pueden negarlos, acusan á la luz de ser autora de ellos.

Teniendo presentes estas dos circunstancias, y que en todo pueblo que progresa hay:

Una justicia que ignora;

Una justicia que entrevé;

Una justicia que ve claramente, pero que por los muchos obstáculos que se oponen no puede aun realizarse;

Una justicia que se realiza.

Reflexionando sobre todo esto, aparece clara la verdad de que los malhechores que la sociedad pena, no son los que le hacen más daño, sino aquellos que tolera ó aplaude por desconocimiento la justicia, ó por no tener de ella sino una idea confusa, ó por carecer de fuerza para realizarla.

Si esto es cierto (para nosotros evidente), se comprende la importancia de los *ideales*, de que tanto se burlan los que califican de *ideólogos* á todo el que no llama definitivo á lo pasajero,

absoluto á lo relativo, perfecto á lo acostumbrado, y justo á lo que es cómodo para los pocos y tolerado por los muchos.

El ideal es el modelo; cuando es deforme, las copias lo serán necesariamente, y no hay grande injusticia en la Historia que no tenga su filiación en un error, en una idea, que calificó de malo ó de bueno lo que no lo era.

Ya sabemos que los *ideales* pueden ser sueños irrealizables, y lo son algunas veces; pero otras se califican así las *aspiraciones* más justas y más nobles, á que la pasión, el interés y la ignorancia oponen obstáculos poderosos, pero no insuperables, puesto que con el tiempo se han vencido unos, y en buena lógica debe suponerse que se vencerán otros.

¿Qué son muchos mártires venerados en los altares, ó cuya memoria, respetada y querida, vive en el corazón de los hombres justos y amantes, sino apóstoles de realidades que se tuvieron por sueños, de derechos que se llamaron atentados, de consuelos que eran temidos como dolores? No se necesita saber mucha historia ni reflexionar profundamente, para ser circunspectos al juzgar á los innovadores atrevidos, y convencerse de la importancia esencial de los

ideales. Nótese que los auxiliares más poderosos de los verdaderos soñadores son los que llaman así á todo el que propone una innovación radical, y no distinguen lo imposible de lo prematuro, ni lo absurdo de lo dificultoso. Si en vez del *anatema* se empleara el *análisis*, se distinguiría lo cierto de lo falso, los reformadores de los charlatanes ó de los fanáticos; mientras que, contra la reprobación no razonada de un lado, reacciona el aplauso sin razón de otro, y viendo que se combaten muchas cosas buenas, se admiten como tales todas las que son combatidas.

Si sucede así cuando se trata de reformar instituciones sociales, está más en relieve siempre que aparecen hostiles en primer término corporaciones, organismos, colectividades poderosas, que creen amenazados sus intereses, sus pasiones ó sus vanidades, y llevan al combate una persistencia, una organización y una disciplina que tardan en adquirir sus adversarios. Diríase que este caso es el más desfavorable para el innovador; pero hay todavía otro que le presenta mayores obstáculos, y es cuando sus ideas de reforma se dirigen, no á los hombres, sino á las mujeres. Entonces las dificultades

crecen en progresión imposible de apreciar por muchas causas, siendo las principales éstas:

Que el reformador tiene enfrente el ridículo armado de punta en blanco, temible para todos, y temido por la mujer especialmente;

Que las mismas á quienes intenta amparar ó proteger, le miran como enemigo;

Que sus innovaciones se consideran por unos, y fingen considerarse por otros, como subversivos del orden moral, cuyos cimientos conmueven, intentando sacar á la mujer del círculo reducido y tranquilo del hogar doméstico, á una esfera mayor, cuya extensión aumenta la de sus peligros y luchas.

Estos obstáculos son tan grandes todos, que el mayor parece aquel que se considera. ¿Quién no conoce el poder del ridículo? ¿Quién no ve la desventaja de un campeón hostilizado por los mismos por él defendidos? ¿Quién no se persuade de lo mucho que retrae de prestar auxilio directo ni indirecto á toda reforma ventajosa para la mujer, la sospecha, vaga unas veces, otras determinada, de que pelagra la virtud de toda la que aspire á tener personalidad, y que, sin estar bajo la tutela del marido, sin ser eternamente menor, no puede hacer buena casada? *La eman-*

*cipación* de la mujer, ¿no se toma en mala parte? Podrá decirse que es porque no se fija bien el valor de las palabras; y aunque haya en esto algo ó mucho de cierto, tampoco cabe duda de que la confusión de las palabras corresponde á la de las ideas, y que á lo *poco* definido hay que añadir lo *mal* definido. Y siendo los hechos consecuencia de los sentimientos y de las ideas, sabiéndose que el hombre *obra* como *piensa* y *siente*, inevitable es que las leyes y las costumbres conviertan en injusticias los errores que como verdades se admiten respecto á lo que constituye la perfección de la mujer.

---



---

## CAPÍTULO II.

### LA MUJER DE SU CASA CORRESPONDE Á UN IDEAL ERRÓNEO.

En medio de las dudas, perplejidades y confusión, tan frecuentes en todo lo que á la mujer se refiere, lo más fijo, determinado y generalizado que se observa entre nosotros, es la idea de considerar como tipo de perfección femenina á la que es *buena mujer de su casa*.

En la bondad de ésta, como en todas las bondades, hay grados; nos fijaremos en el superior, en que está la mujer honesta, prudente, económica, trabajadora, cuidadosa del orden y aseo de la casa, inteligente en cuanto puede contribuir á que en la mesa haya la mayor variedad y regalo con los medios de que dispone, que el vestido y ajuar sea de lucimiento sin mucho coste; no dada á lujo excesivo ni á diversiones caras ó que la distraigan de sus deberes; esposa